RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Lizcano, Emmánuel

La economía como ideología : un análisis socio-metafórico de los discurs crisis

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Lizcano, E. (2009). La economía como ideología: un análisis socio-metafór crisis . Revista de ciencias sociales, 1(16), 85-102. Disponible en RIDAA- de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1215

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Emmánuel Lizcano

La economía como ideología

Un análisis socio-metafórico de los discursos sobre 'la crisis'

La crisis económica. ¿La crisis? ¿Económica? Si nunca los nombres son inocentes, en este caso son reos literales de fechoría, es decir, de hacer unos hechos que, como intentaremos mostrar, serían muy otros de haber nombrado de otro modo eso que hoy todos conocemos como "la crisis económica". La tesis que aquí se propone mantiene que la apropiación del diagnóstico y de la gestión de 'la crisis' por los expertos en economía, lejos de mantenerse dentro de los estrictos márgenes de su especialidad, se orienta principalmente a modelar sensibilidades y emociones de cara a promover la aceptación general de un modelo de dominación que quienes detentan el poder perciben en peligro. Los discursos pretendidamente económicos sobre 'la crisis', que serán el objeto de nuestro análisis, funcionarían así como discursos estrictamente ideológicos orientados a legitimar las actuales formas de poder.[1] El aparato conceptual básico que pondremos en juego se articula en torno a una serie de conceptos ya acuñados en los comienzos de la sociología, que ahora adquieren un renovado potencial interpretativo. Por un lado, el concepto weberiano de *legitimidad* (Weber, 1944, vol. I, cap. III), sugestivamente reinterpretado por P. Ricoeur (1989, caps. 11 y 12). Por otro, la teorización comteana en torno al papel que habría de jugar el *fetichismo* en las sociedades que abracen la ciencia como la nueva *religión de la humanidad* (Comte, 1979). Y, por último, las más actuales aportaciones sobre análisis del discurso, en particular, para el caso que nos ocupa, los análisis de D. N. McCloskey (1993, 1990) sobre las estrategias retóricas habituales en el discurso económico, y mis propios trabajos (Lizcano, 2006, 1999, 1996, 1993) sobre la modelación de las creencias y los afectos a través de la *retórica oculta* en los discursos expertos, singularmente en las *metáforas muertas* que ya están lexicalizadas y asumidas como naturales.

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

[1] Los fragmentos citados a lo largo del artículo están tomados, en su mayor parte, de la prensa española, especialmente de las *páginas salmón* sobre economía, entre finales de 2008 y mediados de 2009. Por no recargar el texto, y dado que su aparición se reitera en los medios escritos y audiovisuales más diversos, omitimos la referencia concreta de cada extracto, salvo de provenir de alguna autoridad especialmente relevante. Las comillas simples se emplean para llamar la atención sobre alguna expresión, las dobles se emplean para citas literales, las cursivas para destacar el término metafórico de estas citas.

Para Weber el problema de legitimación de las formas de dominio se juega en la brecha que existe entre las pretensiones de legitimidad y la creencia en esa legitimidad. Entre lo que unos pretenden que se crea y lo que otros están dispuestos a creer existe una brecha. Es precisamente en esa fisura donde Ricoeur sitúa la ideología. Los discursos ideológicos tienen como papel venir a llenar esa grieta, a suturar la distancia que separa las aspiraciones de legitimidad de los grupos dominantes y aquello que los individuos pueden razonablemente llegar a creer. "Toda autoridad pide más de lo que los miembros del grupo están dispuestos a ofrecer en cuanto a creencia" (Ricoeur, 1989, p. 56). O, en palabras del ex ministro español de Industria del Partido Popular, también ex comunista y hoy empresario de altos vuelos, Josep Piqué: "Sin *crédito*, el sistema capitalista muere" (*El País*, 19.10.08). Solo los discursos pueden venir a salvar la brecha entre lo que la gente está dispuesta a creerse y lo que las autoridades aspiran a que se crea. Sin los cuentos sobre la crisis, a la crisis no le salen las cuentas. La ideología aportaría así una plusvalía de credibilidad (correlato político de la plusvalía que analizara Marx en el campo económico), necesaria para legitimar el dominio. Por eso, frente al marxismo, cuyo aparato metafórico está tomado de la física newtoniana (masas, fuerzas, causas, acciones y reacciones…), el marco conceptual weberiano apela a la motivación, a los dispositivos emocionales que puedan mover a los individuos a conceder ese plus de creencia sin el que no puede entenderse el dominio de unos pocos sobre los más, lo cual –como ya señalara La Boétie (1980)– es el problema fundamental de la gobernabilidad. Salvo excepciones, las que pudieran haber sido ingobernables reacciones populares frente a la actual crisis económica no se han sofocado por la fuerza, sino que se han visto reconvertidas, más bien, en resignación ante la fatalidad, cuando no en renovadas formas de adhesión al sistema. Por ello, pese a la recuperación de Marx que ha propiciado la actual crisis, parece ser más pertinente revitalizar el análisis weberiano.

Aquí es donde la retórica viene a ocupar un papel político central. Para Ricoeur es mediante ella como los intereses de la clase dominante pueden transformarse en ideas rectoras de la sociedad. Ese *cómo* que Marx había dejado sin explicar y que es la clave de la gobernabilidad solo nos es accesible desde un enfoque retórico. Lejos de entenderse como mero adorno del discurso, lo que mantenía a la retórica disociada de la argumentación racional, la llamada *nueva retórica* (Perelman, 1989) se inscribe en el marco de la razón práctica y de la teoría de la acción, atendiendo precisamente a los recursos de la lengua empleados para que los argumentos resulten razonables y alcancen así a movilizar la sensibilidad necesaria

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

que venga a salvar la brecha de credibilidad a que aspiran los discursos dominantes para ser percibidos como legítimos. Lo cual no supone, en principio, ninguna voluntad torcida de ocultación, engaño o deformación. Como plantea Ricoeur (1989, pp. 278-279), siguiendo a Geertz (1992), "los recursos retóricos no tienen necesariamente la finalidad de engañarnos o de engañar a los demás. [...] La ideología es, no la deformación de la comunicación, sino la retórica de la comunicación básica, [...] no podemos excluir del lenguaje los recursos retóricos, estos constituyen una parte intrínseca del lenguaje corriente". Por eso, afirma Geertz (1992, p. 183), "no teniendo idea de cómo funcionan la metáfora, la analogía, la ironía, la ambigüedad, los retruécanos, las paradojas, la hipérbole, el ritmo y todos los demás elementos de lo que solemos llamar 'estilo' [...], a los sociólogos les faltan los recursos simbólicos con los cuales pudieran construir una formulación más aguda (del funcionamiento de la ideología)".

Desde este acercamiento retórico al modo de funcionamiento de la ideología, la clásica división weberiana de las formas de autoridad –y de las correspondientes variantes de motivación a que apelan– resulta severamente difuminada. Weber distinguía tres formas elementales de legitimidad, según esta se basara en motivos racionales, en motivos tradicionales o en motivos carismáticos. Desde la perspectiva de la nueva retórica mostraremos cómo los discursos económicos sobre la crisis acuden explícitamente a un tipo de argumentos racionales, construidos sobre un lenguaje fuertemente técnico y fundado aparentemente en sofisticados cálculos matemáticos. Sin embargo, la capacidad de persuasión de estos discursos no se cifra en esta supuesta racionalidad descarnada, sino en su recurso a toda una serie de estrategias retóricas entretejidas indisociablemente con fórmulas, indicadores y deducciones aparentemente racionales.

Estas estrategias se orientan directamente a estimular sentimientos y emociones, recurriendo así a promover en las audiencias un tipo de motivación que se enmarca de lleno en los motivos carismáticos weberianos. De hecho, como han mostrado numerosos *estudios sociales de la ciencia* (Gilbert y Mulkay, 1984; Locke, 1997; Coorebyter, 1994), ambos tipos de persuasión, la racional y la sentimental, la basada en creencias y la fundada en razones, son indisociables entre sí. Como ambas lo son también, a su vez, de la persuasión que apela al tercer tipo weberiano de motivación, la tradicional, pues nunca faltan en la argumentación más racional, como es la científica, los recursos retóricos que apelan a la autoridad de la tradición. Lo que Ricoeur denomina "el prejuicio (weberiano) a favor de la racionalidad", debido a "su gran confianza en

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

el Estado burocrático legal", impide al sociólogo alemán percibir la fundamentación no racional de los argumentos, comportamientos y motivaciones que él supone estrictamente racionales. Por decirlo en palabras de ese sociólogo espontáneo que era el poeta Antonio Machado (1973, p. 60), "no fue la razón, sino la fe en la razón lo que mató en Grecia la fe en los dioses". Lo que convence de los argumentos y de las pruebas empíricas son tanto razones, como la fe que se pone en ellas, la creencia en la razón a la que mueven los efectos y los afectos de los diferentes recursos retóricos.

Formulada así la cuestión de la ideología en términos de movilización de emociones que se estructura retóricamente, la constitución intrínsecamente retórica de los discursos económicos se manifiesta con todo su calado. Dentro del marco conceptual que hemos esbozado, los estudios de Donald N. McCloskey (1990, 1993, 1995) sobre la retórica de la economía adquieren todo el peso que pudiera quedar desvaído tras su ameno estilo literario, irónico y desenfadado. Para este autor (recientemente autora), el pensamiento económico se construye sobre las cuatro patas de la tétrada retórica: hecho, lógica, metáfora y narración. Es una ilusión pensar que la mesa pueda sostenerse sobre solo dos de ellas, ya sean las patas pretendidamente científicas (los hechos y la lógica), ya sobre las humanistas (metáfora y narración). Cualquier discurso económico apela a las cuatro sin excepción, intentando compaginar los límites y objeciones que cada una pone a las restantes: la lógica debe respetar los hechos, la metáfora ha de asumir la lógica que se desprende de ella, la temporalidad que despliega la narración de los hechos económicos debe imbricarse en la intemporalidad de la metáfora implícita en el modelo económico…

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

No entraremos a discutir aquí la pertinencia de distinguir entre 'patas científicas' y 'patas humanistas'. Los estudios sociales de la ciencia ya han mostrado sobradamente que ni los hechos ni la lógica tienen una entidad por sí mismos que les permitan distinguirse netamente del lenguaje y las prácticas sociales con que se describen y fabrican. Los hechos son eso, hechos, participios del verbo hacer: están hechos por prácticas concretas, entre las cuales se cuentan muy especialmente las prácticas lingüísticas (Woolgar, 1991; Latour y Woolgar, 1995). Asimismo, tampoco la lógica impone otra necesidad que la de los presupuestos culturales en que funda ni exige otra sumisión que la requerida por la coerción de las estructuras gramaticales de la lengua en que se ha desarrollado. Las argumentaciones lógicas dejan los suficientes márgenes de ambigüedad como para poder negociar permanentemente los significados (Bloor, 1998), al tiempo que tanto los axiomas y postulados, como los conceptos lógicos y lo que se entiende como una buena

demostración echan su raíz en presupuestos culturales y estilos cognitivos diferentes (Lizcano, 1993).

Tampoco atenderemos en nuestro análisis a las estructuras narrativas ni a las metáforas entendidas como modelos económicos subyacentes, por más que este enfoque proporcione a McCloskey hallazgos sorprendentes, como el carácter metafórico de las mismísimas funciones de producción o de demanda, u otras funciones matemáticas habituales en economía. Para entender cómo los discursos de los expertos en economía contribuyen eficazmente a proporcionar la legitimidad que parece fallarle al sistema económico vigente como consecuencia de la actual crisis, parece más idóneo recurrir al análisis socio-metafórico de los discursos cuya conceptualización (Lizcano, 1999) hemos aplicado a otros campos, como el matemático (Lizcano, 1993), el de las tecnociencias (Lizcano, 1996), el de la política o el del conocimiento ordinario (Lizcano, 2006). Este análisis, al atender a los discursos en su propia literalidad, indaga en los efectos de las metáforas que hilvanan las narraciones, de modo que no solo no se contraponen unas y otras, sino que se refuerzan mutuamente, dándose sentido entre sí.

Efectivamente, identificada la función de la ideología en la suturación de la brecha de credibilidad entre los aparatos de ejercicio del poder y los miembros de las poblaciones sobre quienes ese poder se ejerce, el traslado de significados de un campo a otro en que consiste precisamente la actividad metafórica hace de esta un dinamismo privilegiado para la producción ideológica. Por ejemplo, es previsible que la población sea reacia a que su contribución a la hacienda pública se emplee por los gobiernos para financiar las pérdidas de un sistema financiero al que se percibe como ajeno, cuando no opuesto, a sus intereses. Sin embargo, si ese sistema financiero se presenta públicamente *como si* fuera un organismo doliente, cuyo sufrimiento puede el ciudadano contribuir a paliar, la desconfianza de este quedará debilitada en la misma medida en que traslade hacia ese sufriente sistema financiero los sentimientos compasivos que la dolencia haya despertado en él. La reiteración redundante y sistemática de metáforas de tipo médico ("las bolsas *sufren* una *recaída*", "la sangre dejará de fluir por el *cuerpo de* la economía si no se *inyecta* liquidez en grandes *dosis*", etc.) motivará entonces el transporte de significados –y de los sentimientos y emociones evocados por estos– desde un campo hacia el otro, desde el ámbito próximo, familiar y conmovedor donde la gente sufre recaídas y necesita trasvases sanguíneos hacia ese otro ámbito abstracto y –hasta ahora– ajeno en el que habitan las bolsas, los mercados y, en general, la economía. Como decíamos en una

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

entrevista reciente, "sin los cuentos sobre la crisis, a los expertos no les salen las cuentas" (Lizcano, 2009b).

La metáfora actúa así como un trampolín de sentimentalidad y credibilidad que dirige su impulso hacia las instituciones de un sistema económico que habían dejado de merecer tales afectos. Este recurso retórico tiene, además, la ventaja de ser especialmente resistente a su deslegitimación. Los discursos políticos corren el riesgo permanente de verse deslegitimados ante la acusación de mentira. De hecho, esa suele ser la táctica más socorrida en la batalla política entre los diferentes partidos. Sin embargo, el recurso a la metáfora sitúa el discurso en un registro donde la imputación de verdad o de mentira queda huérfana de sentido. Una metáfora no es verdadera ni falsa, solo es más o menos creíble, más o menos verosímil. Y su verosimilitud no depende de una imposible contrastación con los hechos, sino del mayor o menor acierto en su formulación. Nadie podrá acusar de mentiroso a quien hable de los flujos de capital *como si* de flujos sanguíneos se tratará; no hay ninguna intención de engaño pues *todo el mundo sabe* que el capital no es sangre. Pero no es menos cierto que también *todo el mundo sabe* que, si se colapsan los flujos de capital, el cuerpo de la economía quedará estrangulado a menos que se le administren inyecciones de liquidez en grandes dosis. El capital, por tanto, es sangre y no es sangre, es ambas cosas a la vez y también ninguna de las dos. Ese, que es el punto débil de la metáfora para un discurso que se quiere apodíctico (otra cosa es que tales discursos lo sean efectivamente, que no sean también metáforas, aunque ya muertas y desapercibidas, las que los hagan tan convincentes), es precisamente su punto fuerte para el discurso ideológico.

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

En lo que sigue atenderemos, pues, a las metáforas habitualmente presentes en los discursos públicos en torno a 'la crisis'. E indagaremos, tras su aparente *mera* función cognitiva (hacer comprensibles al gran público conceptos supuestamente demasiados técnicos y abstrusos), los efectos sentimentales y emocionales que las distintas transferencias metafóricas arrastran consigo. No nos centraremos, por tanto, en los textos y discursos producidos por economistas para ser leídos u oídos por otros economistas, sino en textos y discursos producidos por economistas y periodistas expertos dirigidos al público en general. Y ello no porque aquéllos estén exentos de retórica, como la analizada por McCloskey, sino porque los recursos retóricos empleados –y, en particular, los metafóricos– son diferentes según el público al que se destinan y la ocasión en que se pronuncian. Los que aquí nos interesan son precisamente los dirigidos a la población con el propósito de restaurar la credi-

bilidad perdida por el sistema y facilitar con ellos el gobierno de las poblaciones.

La abundancia de metáforas en los discursos económicos sobre 'la crisis' puede ordenarse, en una primera aproximación, en torno a tres grandes familias o categorías, cada una de las cuales aporta unos efectos retóricos específicos. Por un lado, las metáforas que llamaremos de naturalización construyen la percepción de 'la crisis' como si de un fenómeno de la naturaleza se tratara. Pero, además, de todas las imágenes posibles de la naturaleza, no se muestra una naturaleza idílica o en peligro, sino una naturaleza ella misma peligrosa, amenazante. Por otro lado, un no menos amplio grupo de metáforas médicas presentan el sistema económico como un paciente cuyos órganos (sistema financiero, mercados, empresas, entidades de crédito…) se ven aquejados de las más variadas patologías. Por último, una tercera categoría de metáforas, que llamaremos de fetichización, dotarán a estas entidades de vida propia, una vida semejante a la de los humanos pero lo bastante poderosa como para imponérseles, como es propio de los fetiches.

Antes de proceder a este análisis, conviene reparar en que el mismo proceso de nominación es también una actividad metafórica. El momento de poner nombre a una muchedumbre de fenómenos heterogéneos es decisivo para el devenir conjunto de esa multitud de acontecimientos. El viejo maestro taoísta Zhuangzi (1996, cap. 2) decía que "a las cosas las hacen los nombres que se les dan", razón por la cual los antiguos emperadores chinos tenían por consejero a un pensador confuciano, experto en las denominaciones. El humorista gráfico español conocido como El Roto inscribía esta leyenda en una de sus últimas viñetas: "¡La operación ha sido un éxito: hemos conseguido que parezca crisis lo que fue un saqueo!". 'La crisis' comenzó así a ser la crisis, y la profusión de fenómenos acogida bajo ese nombre pasaron a concebirse, invirtiendo la relación de causalidad, como consecuencias de la crisis. Pero tan decisivo como poner nombre es la operación de elegirlo convenientemente. No entraremos en la cuestión de si *en realidad* se trata de un saqueo o de una crisis. El caso es que ese es el término que acabó cuajando (aunque algunos, como el presidente del gobierno español se resistiera a asumirlo). Proveniente del término griego *krisis*, "decisión", la palabra se refiere a cualquier momento o situación decisivos y, en particular, a cualquier "cambio notable en el curso de una enfermedad", una de sus primeras acepciones en los diccionarios: "el enfermo entró en estado crítico". El posterior trabajo metafórico de los discursos sobre la crisis no hará sino desplegar las líneas de fuerza ya implícitas en la propia denominación: la crisis (en lo su-

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

cesivo ya sin comillas, pues es el término que se ha consolidado, se ha solidificado por el uso compartido).

A finales de 2008, los medios se pueblan de metáforas prestadas de las fuerzas desatadas de la naturaleza:[2] "Una *tormenta* sacude al mundo. La crisis financiera cruza el Atlántico y se deja sentir en todo el planeta", "los mercados *se agitan*", "las bolsas *sufren* brutales *sacudidas*", "la fuerza del *huracán* financiero obliga a los gobiernos a tomar medidas", "*estallan* las subprime", "el *tsunami* financiero provoca el desplome de los precios y de los fondos monetarios", "*sequía* crediticia", "*avalancha* de clientes se disponen a retirar sus ahorros"… Poco importa que las metáforas sean incongruentes entre sí: tormentas y sequías, avalanchas y estallidos. Lo significativo es que la crisis es una catástrofe natural que, por tanto, se desencadena por sí misma y a todos nos pone en peligro. No hay, pues, responsables, solo damnificados. Urge acudir en su ayuda y no tardarán en promoverse –¿quién puede objetarlo?– todo tipo de "operaciones de rescate" de quienes más han sufrido los embates de la calamidad: bancos, mercados, entidades financieras, grandes empresas… La percepción de que ellos mismos pudieran haber sido los causantes del huracán ya ha quedado bloqueada: ¿quién desencadena los huracanes?

Tras la 'constatación' de un desastre natural, los primeros llamados a actuar son siempre los servicios médicos. Las metáforas que los discursos económicos empiezan pronto a tomar prestadas de la medicina (metáforas ya implícitas, como veíamos, en el propio término 'crisis') despliegan un impresionante abanico. Se impone, en primer lugar, un "correcto *diagnóstico* de la crisis", sin el cual no se considera posible "el *saneamiento* de una economía *enferma*". Los síntomas que caracterizan la "*patología* de la crisis" son de lo más variado: "*estrangulamiento* del crédito", "*debilidad* de la demanda", "*daños* en los beneficios", "*sufrimiento* de las bolsas", "*colapso* de las finanzas", "*metástasis* en la economía real"… También la etiología de la *enfermedad* es motivo de especulaciones diferentes entre los expertos: "elevada exposición a activos *tóxicos*", "una *epidemia* de prácticas incorrectas", "*contagio* en la economía real", "*virulencia* de la repercusión en los mercados", "sistemas financieros *contaminados*"… Sin embargo, pese a no darse el menor acuerdo sobre si se trata de agentes tóxicos o de contagios por virus, de estrangulamientos o cánceres con metástasis, no se ahorran los pronósticos. Para el mencionado Josep Piqué, "nadie salva su vida si se le colapsa el *sistema arterial*, sin que circule la sangre, sin sistema financiero que permite que las transacciones y las decisiones económicas vayan más allá del mero trueque […] No basta, en estos casos, con *medicina paliativa*. Se requiere cirugía. Y de urgencia" (*El País*, Ne-

[2] Una más amplia gama de metáforas de los distintos tipos mencionados puede verse en Lizcano (2009a).

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

gocios, 2.11.08). La sangre del sistema económico es la nuestra, su vida en peligro es la misma vida que la de cada uno de nosotros, negarse a las necesarias transfusiones es condenarse uno mismo al colapso de su sistema arterial. Negándose a esas necesarias inyecciones de *liquidez*, afirma el ex ministro marroquí Baraka, "la *sangre* dejará de *fluir* por *el cuerpo de la economía* y el paro cardíaco será inevitable; en todo caso, las *secuelas* sobre las funciones del *cerebro* estarán servidas" (*El País*, 13.10.08).

La confluencia de ambas familias de metáforas induce una mezcla de miedo y compasión, de anonadamiento ante el desastre provocado por las fuerzas de una naturaleza desatada y de solidaridad ante sus víctimas, que no puede dejar de haber contribuido a la sorprendente resignación con que la población del planeta ha asumido sin rechistar, salvo excepciones, que su dinero se desviara gratuitamente hacia bancos y entidades crediticias y financieras que después se negarían a devolvérselo, siquiera en forma de onerosos créditos, hacia grandes empresas, como las automovilísticas, cuyos productos se habían quedado sin poder comprar.

No insistiremos en todo el abanico de metáforas médicas, pues el lector puede seguirlas viendo proliferar en declaraciones públicas y artículos de prensa. Destaquemos, sin embargo, cuatro aspectos de interés para el tema que nos ocupa. El primero afecta a la típica justificación de tales metáforas en aras de unas supuestas necesidades de divulgación de un lenguaje áspero y técnico como es el económico. El segundo, a la posible paranoia que pudiera sufrir quien –como quizá el autor de este artículo– atribuyera tal convergencia de metáforas a alguna oscura conspiración de poderes en la sombra. El tercero, a una de los principales efectos cognitivos de la producción metafórica, cual es su capacidad de ocultamiento tras el gesto mismo del que se sirven para mostrar. Y el cuarto se refiere a la existencia de una lógica metafórica, distinta y más poderosa que la lógica formal, mediante la cual, las que pudieran parecer flagrantes contradicciones de una argumentación racional, como la del discurso de la economía, resultan ser más convincentes que la coherencia de un discurso ausente de contracción.

En primer lugar, puede –y suele– objetarse que el recurso a metáforas como las anteriores se justifica por simple afán pedagógico y exigencias de divulgación, pues la complejidad y el alto grado de sofisticación de los conceptos y razonamientos estrictamente económicos los hacen incomprensibles para el público en general. Ahora bien, ¿qué dificultad puede haber en la comprensión del concepto "disminución de la demanda" que resulte aclarada al sustituirlo por el de "*debilitamiento* de la demanda"? Que una magnitud, como la demanda, pueda disminuir parece bastante ra-

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

zonable y fácil de entender; sin embargo, lo que sí parece bastante más oscuro es que una magnitud pueda debilitarse. ¿Y qué es lo que queda mejor explicado al emplear la metáfora habitual "*crecimiento* de la producción" que resultara tan difícil de entender en la expresión "aumento de la producción"? No, la diferencia en el empleo de expresiones propias (técnicas) o impropias (metafóricas) no se explica por el grado de comprensión de cada una, que para cualquier persona mínimamente escolarizada es mayor en el primer caso. ¿Cuál es la diferencia entre una demanda que se debilita y una demanda que disminuye, o entre una producción que aumenta y esa misma producción que ahora crece? La diferencia está en las connotaciones afectivas que induce en el oyente o lector cada uno de los términos alternativos. Las meras disminuciones o aumentos de magnitudes numéricas, como son las obtenidas por las funciones de demanda o de producción, no son capaces de conmover la menor fibra emocional. El debilitamiento o el crecimiento, sin embargo, despiertan emociones análogas cualquiera que sea el ser que se debilita o que crece, ya se trate de una planta, de una persona enferma o de una curva de demanda. Así, las llamadas públicas a reactivar el consumo para frenar la crisis, llamadas que muy posiblemente caerían en tierra baldía en un ambiente emocional de disminución de la demanda, es más fácil que encuentren terreno abonado en unos corazones conmovidos ante una demanda decaída y debilitada. Y, análogamente, la paralización del crecimiento de cualquier ser vivo –¿qué otra especie de ser puede crecer si no está vivo?– no puede interpretarse sino en términos de patología, ya se deba a contaminación por agentes tóxicos (como ciertos activos financieros), a los efectos de alguna epidemia (como la de ciertas prácticas mercantiles), a algún accidente (terremoto financiero o estallido de burbujas inmobiliarias) o a una simple crisis de crecimiento debida al propio proceso de desarrollo natural del organismo.

Lo cual nos lleva al segundo aspecto mencionado: no es necesario suponer en quien se para a constatar la proliferación de tales metáforas en los discursos expertos sobre la crisis ninguna atribución de acuerdo voluntario entre quienes las emiten, suponiéndoles alguna voluntad oculta orientada a distraer o modelar la opinión pública, o una intención larvada que enmascare los auténticos orígenes, efectos e intereses ocultos de la crisis. De hecho, si metáforas como las aquí transcritas no han resultado chocantes, para muchos, hasta que se han puesto entre comillas, es decir, hasta que han dejado de *usarse* para empezar a hacer de ellas objeto de *mención*, se debe precisamente a que no hacen sino prolongar otras metáforas e imágenes discursivas que ya habían calado hondo en el

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

imaginario moderno. Acostumbrados, como estábamos, a aceptar con toda *naturalidad* –y hasta euforia– que *crecieran* el Producto Interior Bruto, los beneficios, o la demanda, ¿qué puede ahora extrañar que ese crecimiento se 'colapse', que los beneficios 'sufran daños' o que la producción se deprima o se debilite? Buena parte del discurso económico dominante anterior a la crisis se había construido ya sobre metáforas que naturalizaban y personificaban la economía y los agentes e instituciones económicos, nada más *lógico*, por tanto, que cualquier alteración de los mismos se narre en términos de catástrofes de la naturaleza y enfermedades propias de las personas humanas. Si ya nos era habitual expresarse –y comprender– en términos de '*yacimientos* de empleo', de 'economías *robustas*', de '*viveros* de empresas', de 'créditos *semilla*' o de 'la *buena salud* de los indicadores económicos', no es necesario suponer ninguna consigna maligna que ponga en circulación, entre comunicadores y expertos, narraciones pobladas de yacimientos agotados, sequías crediticias, economías deprimidas, activos tóxicos o funciones de demanda debilitadas. Es más, como ya hemos mostrado (Lizcano, 1999), una genealogía de los conceptos matemáticos más elementales (sobre los cuales se construye todo el aparato formal de la economía matemática) puede llevarnos a observar esa raíz animista en los mismos orígenes euclídeos de nuestras matemáticas. Si un número puede ser 'número *natural*' y albergar en su interior la *potencia* (*dynamis* en Euclides) suficiente como para *engendrar* o *criar* un cuadrado (lo que nosotros llamamos 'potencia cuadrada' o 'elevar al cuadrado' y el matemático portugués Pero Nunes expresaba como 'lado criando cuadrado'), si del cuadrado así *engendrado* puede *extraerse la raíz* (o lado, o *substantia*, en las traducciones latinas de Euclides) que lo ha engendrado… y si todo ello lo hace con total espontaneidad cualquier crío de diez años, ¿qué puede tener de insólito que un indicador *se debilite* o que el valor de una función, como la de de demanda, deba *regenerarse*?

El tercer aspecto a destacar atiende a esa ambigüedad característica de la enunciación metafórica. Tan relevante en una metáfora –o familia de metáforas– es lo que fuerza a ver como lo que impide ver, la focalización que impone como el desenfoque en que, en consecuencia, quedan otros objetos o perspectivas. Lo primero forma parte de lo que Roland Barthes llamaba el fascismo de la lengua, que no consiste tanto en lo que prohíbe decir como en lo que obliga a decir. Aunque con ello se refiriera principalmente a lo que Nietzsche llamaba el despotismo de la gramática, el fenómeno no es menos patente en el ámbito semántico. Tal ocurre con metáforas ya muertas y lexicalizadas; como el expresar el descenso de los índices bursátiles en términos –obligatorios, o casi– de "la Bolsa sufre una caída", de

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

manera que el que la Bolsa pueda *caer*, y que con la caída *sufra*, parece estar en la *naturaleza* misma de la Bolsa. Lo segundo, los puntos ciegos o desenfoques que provoca la asunción de una metáfora, contribuye a aquella función de engaño o enmascaramiento que Marx atribuía a la ideología. Si la economía, los mercados, los fondos financieros o los beneficios empresariales son los pacientes que han sufrido daño, contaminación, estrangulamiento o cualquiera de los muchos males con los que se les ha presentado al público, si ellos son los pacientes necesitados de cirugías, inyecciones e intervenciones médicas, la posibilidad de que los pacientes sean los agentes queda automáticamente obturada. Que el enfermo pueda ser su propia enfermedad es un puro sinsentido. Que acaso fueran la economía (esta economía), los mercados, los fondos financieros o los beneficios empresariales los causantes de los daños y males es algo que las metáforas médicas habituales dejan fuera de toda posible consideración. Como también dejan sin sentido la posibilidad de pensar que, si el crecimiento económico es el principal afectado por los daños, fuera ese mismo crecimiento el origen de los mismos. Y, sin embargo, no parece tan disparatado plantear que acaso en el crecimiento permanente del enfermo (la economía) o de cualquiera de sus órganos o funciones (la producción, las exportaciones o el PIB) pudiera estar precisamente el origen de sus males. Cuando un organismo o unos órganos crecen sin cesar, no puede tratarse sino de un ser monstruoso, en el primer caso, o de un cáncer, en el segundo.

El cuarto, y último, aspecto se refiere a la evidente incoherencia interna en el uso de metáforas tan dispares, e incluso contradictorias entre sí, para referirse a un mismo hecho u objeto. El siguiente extracto no es una excepción, pese a la alta cualificación de su autor como experto:[3]

> Desde hace un mes, todo el *edificio* financiero parece a punto de desplomarse […]. El problema es que, mientras tanto, se han *desajustado* otras *piezas* de la economía mundial […]. De ahí la *virulencia* de la repercusión sobre la Bolsa española […]. En definitiva, estamos en pleno proceso de *reajuste de las placas tectónicas* de la economía mundial y de ahí la sensación de vértigo […]. El panorama debe registrar un *alivio* a corto plazo de las Bolsas […]. [Las lecciones bien aprendidas] evitarán que la economía *caiga* en una gran *depresión* […]. Y cuando eso suceda empezará como otras veces a *cebarse la bomba* del optimismo en una economía cuya *recuperación* suele seguir a la de las Bolsas […]. Tras esa *alegría* inicial de las Bolsas habrá que… (Juan Ignacio Crespo, *El País*, Negocios, 26.10.08).

La presentación del mundo de las finanzas como un edificio es coherente con las metáforas mecánicas (desajuste de *piezas*, *bomba* de

[3] El autor, Juan Ignacio Crespo, es matemático, analista económico y especialista en mercados financieros. Director europeo de Thomson Reuter, la principal proveedora de información sobre la actualidad financiera.

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

optimismo) en cuanto a su carácter previamente diseñado y después construido, reforzándose entre sí ambas imágenes para alejar la imagen de un comportamiento caótico o imprevisto. Es incoherente, sin embargo, que un edificio funcione como un motor, al que se le puedan desajustar las piezas o actuar como una bomba. En cualquier caso, la condición de artificio que comparten edificios y motores no se aviene en absoluto con los movimientos tectónicos, por más que de sus placas también se diga, como de los motores, que se reajustan. Y, desde luego, con lo que no concuerdan en absoluto edificios, motores ni placas tectónicas es con la caída en depresiones –o las recuperaciones– de un edificio, por financiero que sea, ni con las virulencias sufridas –o alivios ¿gozados?– por esas Bolsas que se supone forman parte de la estructura del inmueble.

Las que, sin duda, son flagrantes contradicciones para una lógica mínimamente racional, no lo son, sin embargo, para la lógica sentimental que conviene al discurso ideológico. Este no trata de derivar y encadenar consecuencias demostrativas, sino consecuencias mostrativas y emocionales. Y las emociones y sentimientos desencadenados por las imágenes que evocan tales metáforas sí forman un entramado perfectamente coherente. Las metáforas arquitectónicas y mecánicas dotan al edificio económico –tanto en su estructura como en sus componentes– de una racionalidad técnica que aleja cualquier sensación de saqueo, como la apuntada por El Roto, o desbarajuste. La sensación de diseño artificioso que pudiera, ante una crisis, estimular la imaginación de otros diseños –otras economías– posibles o la de una lógica responsabilidad de los constructores ante el edificio que se agrieta o el motor que se chirría, se bloquea, apenas esbozada, atribuyendo las grietas y los chirridos a desajustes de placas tectónicas que vienen así a sustituir, como surgidas de la chistera de un ilusionista, las imágenes inmobiliarias y mecánicas. Con ello, la geología aporta a la economía (es decir, a este modelo económico) esa condición de ser natural –y, por tanto, necesario e inevitable– que pudiera desvanecerse por efecto de metáforas como las anteriores, que implican diseño y construcción. El precio podría ser una desánimo general ante algo tan irremediable como los movimientos tectónicos, pero un nuevo pase de chistera ya ha sustituido el fragor de los estratos en colisión, sin tiempo apenas para haberlos aún percibido, por los gemidos de un paciente que, tras una inopinada caída, corre el riesgo de sufrir una depresión que, por fortuna, ya apunta en las señales de alivio que seres tan sensibles como las Bolsas muestran ante los indicios de recuperación del accidentado. Queda así conjurado el posible desánimo ante lo inevitable, al tiempo que se convoca la compasión hacia las nuevas criaturas humanizadas que irrumpen en el discurso. La suma de efectos retóricos parece seguir, pues, unas reglas no menos estric-

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

tas que la suma de magnitudes numéricas. Hasta el punto de que la reciente aparición de "brotes verdes" en una economía aún en estado casi comatoso, lejos de provocar una urgente llamada al doctor House, se ha celebrado como un claro *síntoma* de *recuperación* del enfermo. La autoridad legal-racional, que se presupone es la que legitima las democracias según la tripartición weberiana, no parece tener mayores problemas para abandonar la racionalidad y venir a legitimarse, de hecho, recurriendo a motivaciones tan irracionales como las que fundan cualquier otra forma de poder.

El problema que resta, ahora, parece cifrarse en cómo lidiará el experto legal-racional con el animismo que él mismo ha introducido en su intento de promover la identificación activa del oyente/lector con unos entes económicos que, de repente, ha debido dotar de vida: Bolsas que *se alegran* o *se alivian*, mercados *sensibles* ante ciertos indicios o que *castigan* ciertos comportamientos, empresas con *sed de liquidez*…

La respuesta nos lleva al tercer grupo de metáforas mencionado al comienzo, las de *fetichización*, que nos introducen en uno de los fenómenos más interesantes, y sin embargo menos percibidos, de las sociedades actuales. Se trata de un nuevo modo de religiosidad que se ha ido gestando casi inadvertidamente en las sociedades modernas y que se deja ver en toda su pregnancia en ocasiones extraordinarias, como lo es la actual crisis económica.

El fenómeno del fetichismo fue motivo de inspiración para buena parte del pensamiento más granado de los siglos XVIII y XIX. Kant, Hegel, Feuerbach y Nietzsche en filosofía, Comte y Marx en sociología, el psicoanálisis freudiano, por no hablar de una pléyade de viajeros, novelistas y antropólogos, desarrollaron fructíferamente el concepto y su dinamismo en ámbitos bien diversos (Assoun, 1995). La crítica etnológica, sin embargo, ha ido desautorizando a lo largo del siglo XX la aplicación generalizada del concepto en las sociedades "primitivas", lo que le ha ido arrinconando en el baúl de los trastos conceptuales. No obstante, a nosotros se nos ha ido imponiendo por su ubicua presencia en multitud de discursos *precisamente* modernos. El estudio de este neofetichismo desborda con mucho las pretensiones del presente trabajo, por lo que nos limitaremos a dejarlo aquí meramente esbozado a propósito de los discursos sobre la crisis.

La constitución de un fetiche puede pautarse, *grosso modo*, en tres momentos sucesivos. Primero, se proyectan sobre un objeto rasgos propios de un ser vivo, habitualmente humano. Segundo, este objeto así animado se desvincula del proceso de su creación y adquiere vida propia. Tercero, convertido así en fetiche, actúa sobre los humanos –que lo han dotado de vida y han olvidado el

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

papel jugado en su constitución– como si fuera una fuerza ajena cuya energía, voluntad e incluso inteligencia se les impone inapelablemente. Pues bien, uno u otro de estos tres momentos aparece profusamente en cualquier análisis o descripción de la crisis en los últimos meses; es más, lo insólito –como el lector podrá seguramente constatar– es encontrar alguno en el que no se produzca una fetichización, bien de la crisis o de la economía mismas, bien de alguno de sus aspectos o componentes (mercados, bolsas, índices financieros…). Así, el primer momento, en el que cierto objeto, en principio inerte, se presenta con rasgos de un ser animado –sea vegetal, animal o persona– puede observarse en expresiones tan habituales como "los índices bursátiles *viven pendientes* de Estados Unidos", "*alegría* de las Bolsas", "*euforia* de los mercados", "*angustia* de los parquets", "los mercados empiezan a *percibir* las diferencias entre los distintos países", "el mercado es *muy consciente* de que llega la hora de la verdad", "las medidas que toman los países avanzados complican *la vida* de los mercados emergentes", "el gobierno se ha centrado en *paliar la sed* de liquidez que *padecen* las empresas"… La gama de sensaciones, emociones y facultades que se atribuyen a esas entidades llega así a barrer casi todas las imaginables. El que, como la famosa mesa con la que Marx ejemplificaba el fetichismo de la mercancía, de pronto, esos seres animados echen a bailar por sí mismos se dará de modo natural en un segundo momento. Ciertos movimientos suyos son torpes o meramente reactivos: "la economía española *tenía la guardia* baja ante la crisis financiera" o "los fondos *empezaron a abstenerse* de comprar papel comercial". Pero pronto empiezan mostrarse activos y apetentes: "la crisis *ha demostrado que* Rusia forma parte de la economía global", "los mercados financieros *se mostraban ansiosos* por prestar", "ni siquiera esas cantidades han servido para *cubrir las necesidades* del mercado"… Y, en un tercer momento, su ansiedad, sus necesidades o meros caprichos se manifestarán en toda su crudeza como designios inapelables, cuando no como pura fatalidad (tan fatal como aquellas fuerzas de la naturaleza con las que, como vimos, ya se habían identificado). Así, no es extraño leer u oír que "la crisis *exige* nuevos sacrificios", como si de un nuevo moloch insaciable se tratase, o que "los mercados *imponen un duro castigo* a comportamientos como estos". Una ilustración ejemplar del proceso completo de institución de un fetiche está narrado en la novela de Mary Shelley, simbolizado en la fabricación del monstruo por el Dr. Frankestein. Y, ciertamente, son monstruos económicos los así engendrados. Preguntado para *El País* (26.10.08) sobre "¿Cómo actúa el monstruo?", a propósito de "los *monstruos* de los mercados financieros que vd. ya advirtió en 2005", alguien

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

tan poco sospechoso como Horst Köhler, ex director general del FMI, asume plenamente la imagen y responde: "Lo que convierte al sistema [financiero] en monstruoso es el hecho de que, *al final*, *ya nadie sabe quién* ha comprado de hecho estos riesgos; *y de pronto* sucede algo imprevisible". No podía expresarse mejor: "al final, ya nadie sabe quién", quién ha comprado los riesgos financieros, quién ha producido los monstruos… ya nadie lo sabe, se ha olvidado, o escondido, el proceso de su génesis. Las criaturas han adquirido autonomía, actúan por sí mismas, y nadie recuerda ya su condición de criaturas, han devenido fuerzas de la naturaleza, con lo que se cierra el círculo de metáforas con el que comenzábamos.

Toda esta interpretación de los discursos económicos y financieros como productores directos de ideología, en orden a evitar el empleo de la fuerza gracias al trabajo sobre las emociones y las creencias, puede, ciertamente, objetarse de distintas maneras. La más común arguye: "No son más que metáforas, meras palabras, un modo de expresarse como otro cualquiera". Esta supuesta refutación, sin embargo, se refuta a sí misma. ¿Meras palabras? ¿Desde cuándo las palabras son meras? Precisamente es con palabras de la única manera en que pueden construirse los discursos, en particular los discursos ideológicos. ¿Un modo de expresarse como otro cualquiera? Pues precisamente ahí está lo más significativo: en que, de todos los modos de expresión posibles, los discursos sobre la crisis convergen precisamente en ese modo de expresarse y no en otro, evitan los tecnicismos y recurren abrumadoramente a esas familias de metáforas y no a otras. Mantener el valor de estos discursos como 'explicaciones' de la crisis, y no como construcciones interesadas de la misma, exigirá otro tipo de justificaciones.

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

Referencias bibliográficas

Assoun, P.-L. (1995), *El fetichismo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Bloor, D. (1998), *Conocimiento e imaginario social*, Madrid, Gedisa.

Canguilhem (1983), "Histoire des religions et histoire des sciences dans la théorie du fétichisme chez Auguste Comte", en *Études d'Histoire et de philosophie des sciences*, París, Vrin.

Comte, A. (1979), "Catecismo positivista o sumaria exposición de la religión universal en trece diálogos entre una mujer y un sacerdote de la humanidad" *y* "Sistema de política positiva o Tratado de sociología que instituye la religión de la humanidad", en *La filosofía positiva*, México, Porrúa.

Coorebyter, V. de (dir.) (1994), *Rhétoriques de la science*, París, PUF.

Geertz, C. (1992), "La ideología como sistema cultural", cap. 4 de *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, pp. 171-202.

Gilbert, G. N. y M. Mulkay (1984), *Opening Pandora's Box: A Sociological Analisis of Scientist's Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.

La Boétie (1980), *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Madrid, Tusquets.

Latour, B. y S. Woolgar (1995), *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza.

Lizcano, E. (2009a), "Narraciones de la crisis. Viejos fetiches con caras nuevas", *Archipiélago*, Nº 83-84, pp. 33-44.

—— (2009b), diario *Público*, 28.2.09.

—— (2006), *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones,* Madrid, Bajo Cero / Traficantes de sueños. (Reeditado en 2009, Buenos Aires, Biblos).

—— (1999), "La metáfora como analizador social", *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, Nº 2, Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 29-60.

—— (1996), "La construcción retórica de la imagen pública de la tecnociencia: impactos, invasiones y otras metáforas", *Política y Sociedad*, Nº 23, Universidad Complutense de Madrid, pp. 137-146.

—— (1993), *Imaginario colectivo y creación matemática. La construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*, Madrid, Gedisa. (Reeditado en 2009.)

Locke, D. (1997), *La ciencia como escritura*, Madrid, Cátedra.

Machado, A. (1973), *Juan de Mairena*, Madrid, Espasa-Calpe.

McCloskey, D. N., (1993), *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*, Madrid, Alianza.

—— (1990), *La retórica de la economía*, Madrid, Alianza.

—— (1995), "Metaphors Economists Live By", *Social Research*, 62 (2), pp. 215-237.

Perelman, Ch. y L. Olbrechts-Tyteca (1989), *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid, Gredos.

Ricoeur, P. (1989), *Ideología y utopía*, Buenos Aires, Gedisa.

Weber, M. (1944), *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Woolgar, S. (1991), *Ciencia: abriendo la caja negra*, Barcelona, Anthopos.

Zhuangzi (1996), Barcelona, Círculo de lectores.

(Evaluado el 17 de junio de 2009.)

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN

Autor

Emmánuel Lizcano es Profesor Titular de Sociología, Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.

Publicaciones recientes:

Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones, Buenos Aires, Biblos, 2009.

"Narraciones de la crisis. Viejos fetiches con caras nuevas", *Archipiélago*, Nº 83-84, Barcelona, 2009, pp. 33-44.

"La metáfora como analizador social", en Castro, Luis et al. (eds.), *Metodología de las ciencias sociales. Una introducción crítica*, Madrid, Tecnos, 2008, cap. 3 (II), pp. 137-171.

Cómo citar este artículo:

Lizcano, E., "La economía como ideología. Una análisis socio-metafórico de los discursos sobre 'la crisis'", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, Nº 16, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2009, pp. 85-102.

Universidad Nacional de Quilmes
MATERIAL DE DIFUSIÓN